

## *El viento de la infancia*

El viento agita las ramas de los olmos, y de los chopos, y de los álamos blancos. Estoy en la ribera del arroyo, tumbado sobre un rodal de malas hierbas, contemplando cómo ese viento que parece arremeter desde los cerros del norte agita las ramas más altas de los árboles, y las arquea, y las hace rumorear como en el preludio de una desdicha. Las ramas inferiores, lentamente, van contagiándose de ese estremecimiento súbito, hasta que el viento atrapa por fin toda aquella arboladura vegetal y la mece a su antojo, ahora a la izquierda, ahora a la derecha, humillando sus copas como en un gesto de negación, y de asentimiento, quizá también de resignación. Hasta que ese gañido hondo de hojas golpeándose entre sí, se oscurece con la llegada de unas nubes tiznadas de brea, manchadas de hollín, restregadas de plomo y de galena, nubes que se aprietan contra los árboles de la ribera, nubes que crujen al desaguar sus entrañas sobre los olmos, sobre los chopos, sobre los álamos blancos, sobre el rodal de malas hierbas que hasta entonces albergaba mi cuerpo. Sobre los recuerdos de una tarde del final del estío de hace ya demasiados años, cuando yo solo era un niño que corría a guarecerse de los afanes de aquella tormenta, un niño que buscó cobijo en el hueco abierto en el tronco de un olmo centenario mientras el viento se enredaba de lluvia, y de infancia, y de sueños.

